

PUNTO III.

ESTE ODIÓ ES PARA LA IGLESIA UN MOTIVO DE TRIUNFO.

Primero. *Por el testimonio que da el Espíritu Santo.* "Pero cuando venga el Paraclítico, que yo os enviaré del Padre, Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí..." Este testimonio lo ha dado, y ¡oh con qué aparato! A pesar del odio y del furor de los judíos, este divino consolador, este Espíritu de verdad, hizo sentir su poderosa voz á la infiel Jerusalén; tronó, y con su soplo divino conmovió el cánculo, bajó en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles, y se esparció de aquí en una manera visible sobre todos los que recibieron el bautismo de Jesucristo. ¿Qué podía oponer á este Espíritu criador toda la potencia y el odio de los enemigos de Jesucristo? Comenzó el Espíritu Santo con golpes de magnificencia, á dar testimonio de Jesucristo y á formar la Iglesia su esposa. Desde este punto, bien que en una manera invisible, no cesa de animar, de enseñar y dirigir esta divina esposa, y á pesar de todo el odio y las calumnias de los pecadores, la Iglesia se mantiene en toda la gloria y en toda la majestad que desde el principio le confirió el Espíritu Santo. Enseña la verdad, proscribió el error, desecha de su seno los novatores orgullosos y obstinados, y conserva para Jesucristo los hijos dóciles que el Espíritu Santo tiene cuidado de formarle.... Ella los tendrá siempre; estos harán su triunfo y la confusión de aquellos que la combaten resistiendo al Espíritu de Dios.

Segundo. *Por el testimonio de los apóstoles.* "Y vosotros también daréis testimonio..." ¿Quién jamás habría creído que estos hombres débiles y cobardes, ignorantes y materiales, hubiesen podido llegar á ser capaces de dar testimonio de Jesucristo? Con todo eso, desde el primer día que recibieron al Espíritu Santo, se mostraron en público, hablaron á una multitud innumerable compuesta de todos los pueblos de la tierra y los llenaron de admiración, los conmovieron, los convirtieron, los bautizaron á millares, llevaron su testimonio delante de los tribunales, lo sostienen sobre los palcos, lo sellan con su sangre, y después de ellos, una multitud infinita tiene á mucha gloria el morir por el nombre de Jesucristo. ¿De qué, pues, ha servido el odio de los malos, sino de hacer triunfar la Iglesia y decorarla con la sangre de tantos mártires?

Tercero. *Por el testimonio de los siglos.* "Porque estáis conmigo desde el principio..." La Iglesia de Jesucristo sube hasta el principio, hasta la misión de Jesucristo y á su predicación, hasta los apóstoles y á la venida del Espíritu Santo sobre ellos, hasta estos testigos oculares y á los autores contemporáneos. Por esto ella se

se llama apóstolica y romana, que es la misma cosa, después que la cabeza de los apóstoles hubo trasladado su silla á Roma; y se llama así para distinguirla de las falsas Iglesias que no pueden subir hasta los apóstoles y que ni tienen cabeza visible ni centro de unidad. Ahora recorramos todos los siglos, y veremos que esta Iglesia de Jesucristo, esta Iglesia católica, apóstolica y romana, ha sido siempre objeto del odio del mundo; siempre perseguida, siempre calumnada, siempre embestida, pero que siempre ha triunfado de todo sostenida del Espíritu de verdad, de santidad y de fuerza que Jesucristo le ha enviado. Ella ha tenido siempre y siempre tendrá sus apóstoles, sus doctores, sus defensores, sus mártires, sus santos y sus taumaturgos. Los tiranos han pasado, las herejías se han disipado y la Iglesia subsiste. Si quedan aun sobre la tierra algunas sectas heréticas ó cismáticas, sin profetizar cuál será su suerte en el porvenir, sin examinar cuán pocos caracteres tienen ellas ni prestan de la verdadera Iglesia, basta que nosotros sepamos la época de su origen. Están bien lejos de tener en su favor el testimonio de los siglos, de subir hasta el principio, de estar unidas con los que han estado con Jesucristo desde el principio. La impiedad no puede como la herejía, subir hasta aquel punto sin hallarse en contradicción consigo misma, porque los que desde el principio han combatido el cristianismo, han dado á los hechos históricos y á los milagros, interpretaciones que causan vergüenza á los impíos modernos, y los impíos modernos están reducidos á negar cada día los hechos mismos de que los primeros fueron testigos y que jamás se atrevieron á negar.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

¡Oh Espíritu de Dios! vos solo, y no otro, puede reunir de tal manera todos los siglos, hacer triunfar vuestra Iglesia y dar al que os ha enviado un testimonio, que el odio de los malos de todos los siglos sirva á establecerla y á hacerla más esclarecida, en vez de oscurecerla y debilitarla. ¡Oh santa religión! pues tengo la dicha de conoceros, deseo ardientemente también la de amaros, de practicaros y de llegar por este camino á los bienes eternos que me prometéis. Amen.



MEDITACION CCXCIV.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVI, v. 1, 11.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA CENA.

JESUS SOSTIENE EL ANIMO DE LOS APÓSTOLES

Primero, prediciéndoles lo que tienen que padecer en este mundo; segundo, consolándoles sobre su partida de este mundo; tercero, anunciándoles las operaciones del Espíritu Santo en orden al mundo.

PUNTO I.

JESÚS SOSTIENE EL ANIMO DE LOS APÓSTOLES PREDICIÉNDOLES LO QUE TIENEN QUE PADECER.

Predicción de persecucion antes que suceda lo que les predice. "Os he dicho estas cosas (esto es, que el mundo os aborrecerá) para que no os escandalicéis." Y os preservéis de caer.... El odio del mundo debía llegar á un tal exceso, que habria sido de hecho un escándalo, una ocasion de caída, un motivo de dudar de la doctrina de Jesucristo, si este exceso no hubiese estado predicho con sus efectos, con sus motivos y con sus mas secretas causas.... Esto es justamente lo que Jesucristo acaba de hacer aquí, añadiendo.... "Os echarán de las Sinagogas, y llegará tiempo que el que os quitará la vida, creará que hace un obsequio á Dios...." Rehar á los apóstoles y á los discípulos de Jesucristo de las Sinagogas, hacerlos morir como enemigos de la ley y de la nacion, he aquí hasta dónde llega el odio. Creer hacer con esto una cosa agradable á Dios; he aquí el error y el prestigio de la pasión. Y la ocasion y causa secreta, es esta.... "Os tratarán así porque no han conocido al Padre ni á mí.... Esta predicción se hizo no solo para los apóstoles, sino también para sus sucesores y para los discípulos de Jesucristo de todos los siglos. Deben estos esperar, sin escandalizarse, verse echados, ultrajados, atormentados y muertos en los tormentos. Deben esperar que un pueblo prevenido y engañado, se imaginará en su ceguedad que extermina en ellos unos hombres impíos, malvados, enemigos de Dios y de las potencias establecidas por Dios; unos hombres que son el asote del Estado y autores de todos los males públicos. Pero ni los que sufren estos malos tratamientos, ni los fieles que ven y son testigos de esto, deben escandalizarse; todo esto está predicho, todo esto aca-

ció á los primeros apóstoles, y debe renovarse de tiempo en tiempo en el curso de todos los siglos. Todo esto procede de no haber ya fe ni religion, de no conocerse ya ni á Dios ni á Jesucristo ni á su Iglesia. Apliquémonos á conocer á Dios; á conocer la misión de Jesucristo y la que él ha dado á su Iglesia, y estaremos dispuestos para todo y de nada nos escandalizaremos.

Segundo. *Predicción de consuelo cuando sucederán las cosas predichas.* "Y os he dicho estas cosas para que cuando viniere la hora os acordéis que yo os las he dicho...." Los apóstoles, los mártires, los primeros cristianos, en el tiempo de las persecuciones, bien se acordaron, y ¡oh qué consolacion no encontraron ellos, qué valor no cobraron con esta dulce memoria! Las persecuciones y los tormentos así predichos, cuando suceden, vienen á ser una prueba de fe y una prenda segura de las recompensas prometidas. Si nosotros no vivimos en un siglo de persecucion, debemos no obstante sufrir penas de otra especie, acordémosnos entonces de lo que el salvador nos ha dicho, que son bienaventurados los que lloran, que es necesario llevar la propia cruz y que una eternidad de delicias, será la recompensa de un momento de paciencia. Acordémosnos de esto en las aflicciones, en la pérdida de los bienes, en las desgracias, en las enfermedades y en la muerte. La palabra del Salvador y su ejemplo nos han de sostener y consolar en este tiempo de prueba.

Tercero. *Predicción de solidaria en el tiempo en que ella se hace.* "No os he dicho pues, estas cosas desde el principio, porque yo estaba con vosotros, pero ahora voy á aquel que me ha enviado...." Jesucristo no quiso atemorizar á sus apóstoles antes de tiempo, les ha desentierro lo que tendrian que padecer, solo cuando fué necesario y cuando el tiempo estaba ya vecino. Lo ha hecho tambien en una manera muy propia para establecer y fortificar su fe y para despertar su valor. No habia dejado el Salvador desde el principio cuando los envió á la primera misión, de hablarles de los trabajos que habian de padecer y de lo que con el tiempo tendrian que sufrir, pero lo hizo entonces solo en términos generales que indicaban un tiempo muy distante é incierto; de hecho nada experimentaron de cuanto su Maestro les habia hablado, y no se admiraron de esto, habiendo mirado sus palabras como avisos saludables, y no como una predicción cierta. Desde aquel tiempo no tuvieron jamás la mas minima sospecha de que estas predicciones debiesen un día cumplirse en ellos. Tranquilos bajo las alas de su Maestro, lo seguian con confianza. El solo se exponia á los combates y evitaba todos los golpes. Las conjunciones que formaba la Sinagoga para arrestar, poner en prision, para apedrear y hacer morir, miraban solamente su persona, la experiencia les habia en-

señado que él sabía evitar cómo y cuando quería todas las asechanzas y emboscadas que le trazaban sus enemigos. Pero aquí es una predicción formal y especificada que debe tener su cumplimiento y que debe tenerlo presto: *vender el tiempo*. . . . no les había hablado jamás de este modo el Salvador. . . . Admirémos esta bondad y esta sabiduría. . . . Así trata también con nosotros, nos lleva á sí con la unción de su gracia, nos hace gustar al principio de nuestra conversión, solamente dulzuras; pero los grandes sacrificios, las cruces pesadas, los rigores de una severa penitencia, nos lo presenta cuando llega el tiempo, y cuando estas cosas vienen á ser necesarias para nuestra santificación. Sigamos su conducta sabia y tierna, dejémoslo gobernar y nada rehusémos, y nada temámos.

PUNTO II.

JESUCRISTO FORTALECE EL ANIMO DE LOS APÓSTOLES, CONSOLÁNDOLos SOBRE SU PARTIDA DE ESTE MUNDO.

Primero. *Partida dolorosa para los apóstoles.* "Ahora, pues, voy á aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta, ¿á dónde vas? Mas porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón. . . ." Observemos en estas palabras del Salvador: Primero, la circunspección que usaba todavía hablando de su muerte como de una partida; segundo, la satisfacción que muestra á sus apóstoles, diciéndoles que ya no le preguntan *dónde va*! como había hecho Simón Pedro,² y que ya no muestren como Tomás el tener dificultad que proponer sobre este punto; lo que prueba esto, es que ellos creen que él ha venido de Dios su Padre y que vuelve á él; tercero, la compasión que tiene de su aflicción sobre lo que también les re-

1. Comúnmente estas palabras "ninguno de vosotros me pregunta *dónde vas tú*?" se miran como una especie de represión que el Señor da á sus apóstoles. Puesta esta explicación, es difícil conciliar esta represión con lo que se ha dicho arriba, donde san Pedro preguntó "¿dónde vas tú?" y poco después, como refiere san Juan, santo Tomás le dijo también: "Señor, no sabemos *dónde* te vas, y cómo podemos saber el camino". . . . Sin examinar si la manera con que se procura conciliar estos textos sea bien sólida; si el sentido que aquí se da á la palabra *dónde vas tú*, sea bien natural; si las preguntas que el Salvador querria que le hiciesen, estarían aquí en su lugar, se evitarían, á mi parecer, todos estos tropiezos, si en vez de una represión quisiésemos reconocer en estas palabras un testimonio de aprobación. Este es el sentido que nosotros hemos seguido en esta meditación. El lector está en libertad de atenerse á la otra explicación.

2. San Juan, c. XIII, v. 36.

prende aquí tiernamente. Como si les dijese: voy con satisfacción que ya vosotros no preguntéis más á dónde voy; pero no puedo aprobar que sabiendo vosotros dónde yo voy, dejéis sin llenar vuestro corazón de tristeza, y os aflijáis de mi partida en vez de alegraros por mi amor. Esto es lo que ya les había dicho mas arriba: "Si me amáis, os alegraréis porque yo voy á mi Padre. . . ." Por lo demás esta queja, es queja de amistad y de ternura. Jesús no la hace para mortificarlos, sino para animarlos y para consolarlos. Pero por mas que les dijese, ellos estaban inconsolables y era bien excusable su dolor. ¡Haber visto á Jesús, haber pasado con él gran parte de su vida y oír que les dice que están para perderlo y separarse de él! ¡oh qué tormento! ¡qué funesto anuncio! ¿Qué sería, pues, si supiesen en qué modo están al punto de perderlo? En cuanto á mi, ¡oh Señor! yo no seré puesto á esta prueba. Yo no os he visto jamás, ¡oh Salvador mío! pero cuando me concederéis este favor, como el espero de vuestra misericordia, no me separaré jamás de vos, con vos viviré eternamente.

Segundo. *Partida ventajosa para los apóstoles.* "Pero yo os digo la verdad: es conveniente para vosotros que yo me vaya." ¡Con qué bondad, con qué condescendencia consulta á sus apóstoles! no es para ellos un motivo suficiente de consuelo la gloria que él debe gozar en el cielo? Con todo eso, él se acomoda á su debilidad, les hace estimar sus propios intereses y les asegura que su partida es para ellos ventajosa. Primero. Para la perfección de su fe y de su esperanza. ¡Oh y cuán débil era su fe mientras estuvieron con Jesús! Tenían por objeto de su esperanza un reino temporal en que aspiraban los primeros puestos. Segundo. Por la pureza de su amor. . . . Amaban ellos á Jesucristo, estaban unidos á él; pero este amor tenía alguna cosa de muy natural, esto es, era un amor casi carnal; este apego era demasiado humano y muy dependiente de la presencia sensible del Salvador. ¡Oh y qué pureza exige el amor divino! ¡oh y cuánto debemos temer ofender este amor celoso, con nuestras aflicciones y apegos sensibles, mucho menos excusables que el de los apóstoles! Tercero. Por el ejercicio de su virtud. ¿Qué habían hecho hasta entonces los apóstoles y qué habían hecho en adelante, si Jesucristo hubiese estado siempre con ellos? No todo reposaban tranquilos sobre él, estaban siempre al rededor de él, como los niños al rededor de su padre, y su virtud no habría salido jamás de esta especie de infancia, si Jesucristo no los hubiese dejado. Pero cuando se hallaron solos á la frente de la grey, entonces vieron que tocaba á ellos el formarla, conducirla y aumentarla. ¡Qué prodigios de virtud, de fuerza, de celo y de paciencia no mostraron! ¡Djémoslos guiar: Dios nos quita á las veces un apoyo sensible que nos-

PUNTO III.

JESUCRISTO ESFUERZA EL ANIMO DE LOS APÓSTOLES, MANIFESTÁNDOLES LAS OPERACIONES DEL ESPÍRITU SANTO RESPECTO DEL MUNDO.

"Y cuando él viniere argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio."

Tercero. *Partida necesaria para que bajase el Espíritu Santo sobre los apóstoles.* "Porque si yo no me fuere, no vendrá á vosotros el consolador, mas si me fuere, os lo enviaré. . . ." ¡Oh y cuán llenas de misterio están estas palabras! Ellas nos indican el orden admirable de los consejos de la sabiduría de Dios. Jesucristo es el Hijo de Dios, el Verbo de Dios encarnado; el Verbo que procede del Padre por una generación eterna, ha sido enviado del Padre para obrar nuestra salvación, satisfaciendo por nosotros en la naturaleza humana que había unido á sí. El Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, debía ser enviado del Padre y del Hijo, de quien procede. Pero antes convenía que el Hijo hubiese cumplido el orden del Padre, hubiese satisfecho por nosotros, y nos hubiese reconciliado con Dios. Convenía que esta reconciliación fuese completa y consumada, que el Padre la hubiese aceptado, y que satisfecho de las humillaciones y de la obediencia de su hijo, hubiese coronado sus trabajos colocándolo á su diestra, sobre su mismo trono, como lo pedía la dignidad de su persona. De allí debía el Hijo, juntamente con el Padre, enviar á los hombres el Espíritu Santo, espíritu de verdad, de consolación y de adopción, para que los hombres comprendiesen que aquel Jesús muerto sobre la cruz era el Hijo de Dios, Dios y hombre juntamente; que por él estábamos nosotros reconciliados con Dios y adoptados en él para ser hijos de Dios; que era él el que de lo alto de su gloria enviaba á los hombres su espíritu, y que no había sobre la tierra otro nombre por el cual pudiéramos salvarnos sino por el nombre de Jesús. ¡Qué grandeza, qué majestad en estos adorables misterios! ¿qué don es este, pues, que Dios nos ha hecho dándonos á su Hijo Jesucristo? ¿qué don es el que nos ha hecho Jesucristo dándonos su espíritu? Desventurados aquellos que no gustan estas grandes verdades y que pierden su fruto. ¡Oh santa religión, cuán bella sois, cuán amable, cuán divina! Vos me ensalzais sobre mí mismo. El espíritu de Dios me lleva hasta el cielo, creo que veré allí á mi Salvador. Si; espero pesarlo un día. ¡Quién me detiene para no estar unido á él!

Primeramente. *El Espíritu Santo convencerá al mundo del pecado que ha cometido, rehusando creer que Jesús fuese el Hijo de Dios.* "De pecado ciertamente, porque no han creído en mí. . . ." Desde el día mismo de Pentecostés, en que el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles, san Pedro, el primero entre ellos y que se había mostrado el mas débil, convenció de tal suerte á los judíos de la enormidad de sus pecados, que en la amargura de su corazón exclamaron: "¿Qué haremos, oh hermanos? . . ." En aquel día mismo, cerca de tres mil personas recibieron el bautismo y el Espíritu Santo; en un sermón ó plática convirtió san Pedro cinco mil, y finalmente, desde aquel tiempo hasta nosotros, el delito de los judíos y de los impíos que no quieren creer en Jesucristo, ha sido y está probado con una tal evidencia, que no han podido ni podrán jamás justificarse ni dar una respuesta racional y justa.

Segundo. *Convencerá al mundo de la inocencia de Jesucristo y de la justicia de su causa.* "Y de justicia porque voy al Padre y ya no me veréis. . . ." A decir la verdad, si Jesucristo no es el ángel de Dios sin mancha, si no es el Hijo de Dios como lo ha sostenido hasta la muerte, si no ha vuelto á su Padre, si no está sentado á su diestra en el cielo, si de allí no ha enviado el Espíritu Santo, ¿cómo, pues, sus discípulos tan materiales, tan débiles, tan tímidos, mientras que estaban en su compañía han venido á ser tan elocuentes, tan animosos y tan celosos después que lo han perdido? ¿Con qué potestad han obrado tantos milagros y convertido el universo? El mundo impío nada tiene que responder, y está á pesar suyo convencido. El mundo cristiano está convencido de un argumento tan fuerte y de tanto consuelo, y mira á Jesucristo como el justo por excelencia como principio de toda justicia, como aquel por cuyos méritos la gracia y el espíritu nos pueden hacer justos, y sin el cual no puede haber delante de Dios alguna verdadera justicia.

Tercero. *Convencerá al mundo de la sentenciación de condenación pronunciada contra él y contra el demonio, que lo engaña y lo gobierna.* "Y de juicio, porque el principio de este mundo ha sido ya juzgado. . . ." ¡Satanás todo lo puso por obra para hacer perecer á Jesucristo y librarse de un enemigo que destruía su imperio sobre la tierra.

1. Act. Ap., cap. II, v. 37, 41.

Este fué el que corrompió el corazón de Judas, que excitó los sacerdotes, que sublevó el pueblo, que animó los verdugos; pero cuando se creyó vencedor, se vió vencido y su imperio aniquilado. Si Jesús había echado los demonios del país de los judíos, sus discípulos llenos de su Espíritu, los echaron de toda la tierra, quedaron mudos los oráculos, destruidos los templos de la idolatría y cesó el culto que se daba á los demonios, sin que entre nosotros haya quedado de él algun vestigio. He aquí las predicciones con que Jesucristo consolaba á sus discípulos pocas horas antes de su muerte, y de las que nosotros vemos el magnífico cumplimiento.

PETICION Y COLOQUIO.

¿A quién daré yo ahora mi corazón? ¿al demonio, al mundo ó á Jesús que ha vencido al demonio y al mundo? ¡Ah! divino Jesús, á vos os lo doy, ¡oh amabilísimo Redentor mio! para todo lo que me resta de vida, y en mi muerte, para estar siempre con vos en la eternidad. Amen.

MEDITACION CCXCV.

DEL SERMON DE LA CENA.

San Juan, c. XVI, v. 12, 22.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA CENA.

JESUS CONTINUA ANIMANDO A LOS APÓSTOLES.

Primero, del Espíritu Santo en sí mismo y en orden á la Iglesia; segundo, de la muerte y de la resurrección del Salvador; tercero, de la tristeza de los cristianos y de la alegría de los mundanos.

PUNTO I.

DEL ESPÍRITU SANTO EN SÍ MISMO Y EN ORDEN Á LA IGLESIA.

Primero. *El Espíritu Santo es Dios, la tercera persona de la Santísima Trinidad, y el Maestro supremo que enseña toda verdad.* "Muchas cosas tengo todavía que decir; mas no las podéis llevar ahora; pero cuando venga aquel espíritu de verdad, os enseñará todas las verdades, porque no os hablara de sí propio, sino que dirá todo lo que había oído y os anunciará las cosas que han de suceder...." Sin averiguar y sin buscar ahora cuales sean aquellas cosas que el Salvador tenía aun que decir á sus apóstoles, ni

si se las dijo después de su resurrección y antes de su ascensión, estemos siempre ciertos que el Espíritu Santo les enseñó todas las verdades escritas y no escritas pertenecientes á la fe, á la religión, á la salud, á la perfección y á la eterna felicidad del hombre; que les dió la int. ligencia de estas verdades con todos los dones milagrosos necesarios para anunciarlas y hacerlas creíbles á los hombres; que les confió este sagrado depósito de la fe en el que se hallan todas las cosas y nada le falta; que se lo confió á ellos para que ellos mismos lo confiasen á sus sucesores y lo dejasen á la Iglesia; que no cesa de enseñar estas mismas verdades, volviendo dóciles los corazones y velando para que el depósito de la fe no pueda jamás ser disminuido quitándose de él alguna verdad, ni pueda ser alterado mezclándose en él algun error; pero el Espíritu Santo enseñando tales cosas, no habla de suyo, como el Salvador mismo que enseñando decía: que lo que yo habia no era doctrina suya, sino de aquel que lo habia enviado. Si él enseña toda verdad, lo hace porque es Dios, y si enseña solo lo que oye, lo que aprende de otro, es porque no es solo en la esencia divina, y en ella es la tercera persona, como el Hijo es la segunda y el Padre la primera. Observemos ahora cuan adorables son las verdades cristianas: los que nos instruyen no hablan de sí propios; reciben las verdades de la Iglesia, la Iglesia las recibe de los apóstoles y del Espíritu Santo y del Hijo de Dios; el Espíritu Santo y el Hijo de Dios las han recibido del Padre, con quien son un solo y un mismo Dios. He aquí la divinidad de la religión; cualquiera que habla, que dogmatiza, que explica las Escrituras fuera de esta divina catedral, habla de sí mismo, renuncia á las verdades de Dios; á Jesucristo, al Espíritu Santo, espíritu de verdad, por dase á Satanás, espíritu de error y de mentira, y cualquiera que lo escucha proponer tales dogmas y que sigue sus máximas, cae con él en el mismo precipicio y en la misma condenación.

Segundo. *El Espíritu Santo procede del Hijo, y da á conocer su divinidad.* "El me clarificará, porque recibirá de lo mio y os lo anunciará...." Jesucristo habia hablado de su divinidad en una manera oscura como lo habian hecho los profetas. Esta manera convenia á su dignidad y á las circunstancias del tiempo. Pero el Espíritu Santo quitó los velos y disipó las sombras. El reveló á los apóstoles, y por ellos nos ha dicho claramente á nosotros, que aquel hombre, aquel Jesús muerto sobre la cruz, era no solamente un justo, un amigo de Dios, el Hijo de David, el Rey de Israel, el Mesías prometido, el Salvador de los hombres, sino que era tambien el Hijo de Dios, el Verbo eterno de Dios, que estaba desde toda la eternidad en Dios,

1 San Juan, cap. VII, v. 16, cap. XV, v. 15.

que era él el mismo Dios. Que la debilidad de la carne de que se vistió en el tiempo, que sus trabajos, sus sufrimientos, sus oprobios y su muerte, nada quitaban á la majestad de su ser divino ni á la eternidad de su origen, y que aquella que lo concibió en el tiempo siendo madre de Jesús, es verdaderamente Madre de Dios.

No nos olvidemos, pues, nosotros de esta enseñanza del Espíritu Santo, de estos dogmas esenciales de nuestra fe que la Iglesia ha defendido contra los infieles y contra los herejes, y por los cuales tantos mártires han dado su sangre y su vida. Pero supuesto que el Espíritu Santo enseñándonos no habla de suyo; ¿de quién ha aprendido, de quién ha recibido estas divinas verdades que ha anunciado? De Jesucristo mismo ó de Dios, de Jesucristo que es verdad y vida. ¿Y cómo las ha recibido él de Jesucristo sino porque él procede del Verbo, de él recibe la divinidad, el ser divino, la divina esencia, la naturaleza divina que el Hijo mismo recibe del Padre por su eterna generación? Así lo ha revelado el Espíritu Santo mismo á la Iglesia; así la Iglesia lo enseña á nosotros.

Tercero. *Procede del Padre y del Hijo y nos revela el misterio inefable de un solo Dios en tres personas.* "Todo lo que tiene el Padre es mio. Por esto os he dicho que él recibirá de lo mio y os lo anunciará...." Habia ya dicho el Salvador que el Espíritu Santo procede del Padre, y en el versículo precedente nos ha dicho que procede de él mismo tambien. A qui confirma lo uno y lo otro, y reune todo cuanto pertenece al grande misterio de la Trinidad que el Espíritu Santo ha anunciado á sus apóstoles, y de que les ha dado la inteligencia conveniente á esta vida, suficiente para nuestra fe y para nuestra adoración, y bien circunstanciada para desechar todos los errores con que la debilidad de nuestro espíritu la habria podido oscurecer. De aqui proceden aquellos simbolos que la Iglesia ha opuesto á los herejes y con que ha armado la fe de los fieles. Creemos, pues, nosotros en un solo Dios y tres personas en Dios realmente distintas é iguales en todas las cosas; que tienen todas tres la misma naturaleza, la misma esencia, la misma divinidad, la misma eternidad, la misma sabiduría, la misma potencia, en una palabra, todas las mismas perfecciones inseparables de la naturaleza divina, lo que hace que ellas son un solo Dios, pero sin tener las mismas propiedades personales que son incommunicables, y esto es lo que hace tres personas distintas. El Padre no tiene principio, y es el principio del Hijo y del Espíritu Santo. El Hijo es engendrado por el Padre, y todo lo que tiene el Padre, exceptuada la paternidad, lo tiene el Hijo; el Hijo, pues, es tambien principio del Espíritu Santo, pues esto no es una propiedad de la paternidad. El Es-

1 San Juan, I, v. 1.

piritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un principio único é indivisible, y no es principio de alguna otra persona, siendo él el término infinito de las divinas emanaciones. En este sentido, el Espíritu Santo recibe lo que es del Hijo, esto es, la naturaleza divina, porque todo lo que es del Padre es del Hijo. De aqui se sigue que el Padre solo ha enviado al Hijo, y que el Padre y el Hijo han enviado al Espíritu Santo.... En esta adorable é incomprensible Trinidad, todo es eterno é igual. El Hijo haciéndose hombre nada ha perdido de lo que era, él es Dios y es hombre. En nuestro Señor Jesucristo, que es Dios y hombre, hay una sola persona, un Hijo, un Cristo, bien que en él haya dos naturalezas. ¿Qué podemos, pues, hacer nosotros pensando en este inefable misterio de la Santísima Trinidad, sino prostrarnos, abismarnos y anonadarnos delante de esta suprema majestad? Y ¡oh qué bondad infinita! habernos querido revelar la profundidad de su ser divino.

¿Qué caridad sin limites, habernos querido comunicar y hacernos entrar á la participación de sus bienes infinitos! ¡No es por ventura para esto, el que el Padre haya enviado su Hijo, que el Hijo nos haya rescatado, que el Espíritu Santo enviado del Padre y del Hijo, nos haya santificado? ¡Oh hombres! ¡si pensarais lo que Dios ha hecho por vosotros y a lo que os debéis, cuánto mas despreciarais la tierra, y con qué paciencia sufrirais todas las penas á ejemplo, y sobre las huellas del Hijo de Dios nuestro Salvador!

PUNTO II.

DE LA MUERTE Y DE LA RESURRECCION DEL SALVADOR.

Primero. *Cómo habla de ella el Salvador á sus apóstoles.* Habló en términos oscuros, pero que bien presto debia aclarar el tiempo: "Un poco y ya no me vereis, y otro poco y me vereis porque voy al Padre...." Este poco tiempo, después del cual no debían ellos ya ver á Jesucristo era de algunas horas, siendo aquel día mismo el viernes en que fué muerto y sepultado. No era mucho más largo el tiempo después del cual debían volverlo á ver, pues fue el domingo. Finalmente estos dos tiempos fueron breves igualmente que aquel en que lo vieron, que duró basta la ascension, porque él iba á su Padre y el tiempo de ir á él estaba vecino. Facilmente se comprenden las razones de sabiduría, de bondad y de ternura que hacian que el Salvador les hablase así en una manera oscura y enigmática. Por eso vino después á ser mazor su alegría y mas firme su fe. ¡Oh y cuán bueno es nuestro divino Salvador! ¡oh y cuán amable!

Segundo. *En qué modo los apóstoles entienden sus palabras. Nada comprendieron...* "Pero dijeron entre sí algunos de sus discípulos: ¿Qué es esto que nos dice, un poco y no me vereis, y otro poco y me vereis porque voy al Padre? Decían pues: ¿qué es esto que nos dice un poco? No entendemos lo que dice." De esto no se infiere que ellos hubiesen comprendido mejor cuanto les había dicho antes; pero como estas palabras miraban á ellos personalmente, habrían querido por eso saber lo que significaban. La intención del Maestro no era seguramente que ellos las entendiesen entonces, sino que ofreciéndose la ocasión, cayesen en la cuenta de lo que les quería decir. Así también en la vida espiritual, frecuentemente nos sucede el oír ó leer cosas que no comprendamos; pero no nos inquietemos, no dejemos de notarlas; el tiempo y la ocasión nos darán su inteligencia y entonces aprovechámonos de ellas.

Tercero. *Cómo el Salvador previene el embarazo de los apóstoles.* "Por tanto, conoció Jesús que deseaban preguntarle..." Pero no les dió tiempo para ello. Así también conoce el nuestros deseos, y muchas veces los previene cuando lo exige nuestro bien natural. "Y les dijo: Andáis investigando entre vosotros por qué os he dicho, un poco y no me vereis, y otro poco y me vereis..." El Salvador les dijo el motivo de su embarazo para convencerlos con esta nueva prueba, que ninguna cosa le estaba escondida y oculta. Finalmente, les respondió con aquella caridad y con aquella sabiduría tan necesaria en la dirección y en la conducta de las almas... Su respuesta no satisfizo á su curiosidad, no les descubrió lo que querían saber y lo que debían ignorar, pero calmó su inquietud sacándolos del deseo en que estaban de preguntarle, y fuera de esto fué para ellos una nueva instrucción de las mas necesarias y de las de mayor consuelo como veremos después.

PUNTO III.

DE LA TRISTEZA DE LOS CRISTIANOS Y DE LA ALEGRÍA DE LOS MUNDANOS.

Primero. *Se confronta la tristeza de los cristianos con la alegría de los mundanos.* En verdad, en verdad os digo que vosotros llorareis y gemireis; pero el mundo se alegrará y vosotros estaréis en la tristeza; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría." La tristeza de los cristianos es prudente. Comienzan ellos por la tristeza para acabar en la alegría. Están contentos de estar en la tristeza sobre la tierra durante el curso breve de esta vida para estar después en el cielo en el gozo por toda la eternidad. El gozo de los mundanos es insensato. Comienzan por

el gozo para acabar en la tristeza. Se dan prisa á gozar. Se arrojan como ciegos en los bienes presentes de esta breve vida, y pierden después los bienes eternos y se precipitan en los eternos suplicios. La tristeza de los cristianos es santa. Proviene ella de la persecución externa excitada contra ellos por su virtud, por su piedad y por su celo, y de los combates internos, resistiendo á sus pasiones y mortificando sus sentidos por temor de ofender á Dios: el gozo de los mundanos es disoluto, lleno de iniquidad, de suciedad y de pecados. La tristeza de los cristianos tiene sus consolaciones; las encuentran ellos en la unión del Espíritu Santo, en la esperanza de una bienaventurada inmortalidad. El gozo de los mundanos tiene sus amarguras. Las encuentran ellos en el mundo mismo, en que no están siempre á cubierto de la censura, de la calumnia, de las mudanzas de la fortuna, de las enfermedades del cuerpo, de las humillaciones y de los disgustos. Las hallan en su conciencia despedazada de remordimientos. Las hallan en el pensamiento de una muerte inevitable y en el temor de sus horribles consecuencias. Y finalmente, en la muerte y en el gran día del juicio final la tristeza de los cristianos se convertirá en un gozo eterno, y el gozo de los mundanos en una eterna tristeza; hagamos ahora la elección.

Segundo. *Comparación de la tristeza de los cristianos con los dolores del parto.* "La mujer cuando para está en la tristeza, porque ha llegado su tiempo... Y vosotros estáis también ciertamente tristes." Los dolores que sufre una mujer en el parto son una viva imagen de lo que sufre un cristiano durante esta vida para obrar su salvación. Aquellos dolores son agudos, pero breves y pasajeros. Le cuesta esto mucho á la naturaleza; ella se duele, ella gime, ella da gritos, derrama lágrimas; pero la hora es breve y se pasa presto. ¿Y qué cosa es la vida presente en comparación de la eternidad? Aquellos dolores son necesarios; una mujer no puede llegar á ser madre sin experimentarlos. Nosotros no tenemos otro camino para llegar á la salud que el de padecer, que el de los trabajos, que el de la penitencia, de la abnegación, de la crucifixión, del dolor, de las lágrimas. Por duro que pueda ser este camino, es preciso caminar por él y sufrir todo su rigor hasta el término. Aquellos dolores son apetecibles; una mujer quiere mucho mas sufrirlos que quedarse estéril. Ella ha deseado sufrirlos, no querría, no, sufrirlos, pero desea verles el fin. Lo mismo es de los sufrimientos de los cristianos. Soría para ellos una grande desgracia si nada tuviesen que padecer. ¿Qué recompensa podían esperar: todos los santos han padecido, han sufrido y han estado muy contentos en sufrir y padecer. Si han sentido el rigor de los sufrimientos, este doloroso sentimiento no les ha hecho desear estar exentos de sufrir, sino solo ver presto el fin de su padecer para

reunirse antes al que los ha de coronar. Aquella mujer sufre de buena gana, bien que ignore cuál será el fruto que ella lleva. ¿Qué serás si la fortuna del niño, su gloria, sus talentos, las calidades de su alma y de su espíritu, si, en una palabra, su felicidad debiese crecer á proporción de cuanto mas ella sufriese? Pero esto que no sucede en el orden de la naturaleza, se halla exactamente en el orden de la gracia. Supuesto esto, ¿cómo podemos nosotros no amar, no desear el padecer y el sufrir? O á lo menos, ¿cómo podemos lamentarnos cuando se ofrece la ocasión de merecer?

Tercero. *Comparación del gozo de los cristianos con el gozo de una mujer que ha dado á la luz un niño.* "Pero cuando ha dado un niño á la luz, ya no se acuerda mas del aprieto por el gozo de que ha nacido al mundo un hombre... Y vosotros, pues, tenéis ahora ciertamente tristeza; pero otra vez os verá y se alegrará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo..." La alegría de esta mujer es sensible y natural, y no hay necesidad de explicarla. La alegría que tuvieron los apóstoles al ver á Jesucristo resucitado después de haberlo visto muerto y haberlo llorado como si ya no lo hubieran de volver á ver mas, fué de cierto inefable y bien expresada en la sucesión de tristeza y gozo de esta mujer. Pero la instrucción que da aquí el Salvador no se restringe ya á solos los apóstoles ni al día de resurrección, como lo muestran bien el juramento con que la comienza y la energía de la comparación de que se ha servido. Esta instrucción se extiende á todos los cristianos é incluye el tiempo y la eternidad. Por todo el curso de nuestra vida estamos nosotros como estuvieron los apóstoles, en los dolores del parto. Tengamos paciencia, esperemos suspirando el momento de nuestra libertad. ¡Ah! y cuál será entonces nuestro gozo cuando en vez de un hijo á quien esta mujer ha dado la vida y que ha echado al mundo, habremos, por decirlo así, parido nuestra alma al cielo y nuestro cuerpo á una resurrección gloriosa, cuando habremos procurado para nosotros un estado constante é invariable de una vida y de una felicidad eterna, cuando veremos á Jesucristo mismo venir á anunciarnos la bienaventuranza que nos ha merecido y á ponernos en posesión de ella. ¿Trabajos, fatigas, sufrimientos, dolores oprobios, dónde estáis vosotros? ¡Ah! todo se ha pasado ya, ya no queda de ellos ni memoria, ni temor, ni cosa alguna que pueda ni sea capaz de turbar ó de arrebatar este puro gozo; gozo celestial, gozo divino, gozo eterno. Ya lo gozará los apóstoles, ya lo gozará los santos, ya lo goza también un gran número de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros conocidos. ¿Y nosotros qué hacemos?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! suframos, aspirémos, deseemos, trabajemos,

mos, muramos y también gozaremos nosotros. Y vos, ¡oh Dios mio! hazlo que después de haber sembrado en las lágrimas, recojamos un día en el gozo. Amen.

MEDITACION CCXCVI.

DEL SERMON DE LA CENA.

San Juan, cap. XVI, v. 23, 25.

CONTINUACION Y FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á LOS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA CENA.

Primero, de la oración; segundo, de la fe.

PUNTO I.

DE LA ORACION.

Primero. *Promesa hecha á la oración.* Y en aquel día (esto es, después de mi resurrección y de la venida del Espíritu Santo) "no me preguntareis cosa alguna..." Esto es, no me tendréis ya cerca de vosotros, en una manera sensible para poderme hacer preguntas ó para pedirme que os conceda alguna gracia; pero esto no os inquiete, tendréis en vosotros el Espíritu Santo que os consolará. Y en orden á vuestras necesidades, á los embarazos, á las dudas y á la perplejidad en que podréis hallaros, he aquí la promesa que yo os hago. "En verdad, en verdad, os digo, que cualquiera cosa que pidáis al Padre, en mi nombre os lo concederá..." ¿Esta promesa era acaso para los apóstoles? No sin duda; es para nosotros como para ellos. ¿Ha retractado por ventura Dios esta promesa. ¿es por ventura infiel: no sin duda. ¿Por qué, pues, se lamentan tantas personas de no obtener lo que piden? ¡Ah! porque piden mal, porque no piden en nombre del Salvador. Piden mal en cuanto al objeto y á las cosas que piden las que de ningún modo se ordenan á la salud, antes bien suelen ser opuestas á ella. Piden mal en cuanto á la manera, sin deseo, sin esperanza de obtener, sin atención, sin respeto, sin ardor, sin perseverancia. Piden mal en cuanto al estado en que se hallan, estado de pecado que las priva de la gracia de Dios, estado que las aleja de la salud y las deja sin volver á entrar en ella. Piden mal en cuanto á la conducta que tienen, pidiendo lo que tienen y de que no se sirven, cuando deberían pedir lo que no pueden haciendo de su parte lo que pueden. Examinemos á este propósito nuestras oraciones y rectifiquémolas.

Segundo. *Precepto de la oración.* "Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna en mi nombre; pedid y obtendréis, para que vuestro gozo sea completo...." El designio del Salvador en todo este discurso, era consolar é instruir á sus discípulos. No era esta ya una reprobación, sino una instrucción que les daba y un precepto que les imponía. Hasta ahora los apóstoles no habían estado bien instruidos sobre el misterio de la Encarnación, para saber que Dios no concedía cosa alguna á los hombres sino por los méritos y por la mediación de su Hijo; hasta ahora habían orado como todos los demás israelitas en la fe del Mesías, pero sin hacer una expresa mención de su mediación. La oración misma que el Salvador les había enseñado, no contenía esta mediación sino de una manera oscura y envuelta en aquellas palabras. "Padre nuestro..." porque Dios no es verdaderamente nuestro Padre sino por nuestra adopción en Jesucristo. Este misterio, pues, es el que ellos hasta ahora habían ignorado, y que el Salvador ahora les descubre y al que les manda que en adelante se conformen, pidiendo en su nombre por sus méritos y por su mediación. "Pedid y obtendréis..." Dulce precepto, que solo pertenece hacerlo á un Dios infinito en bondad y en poder. "Para que vuestro gozo sea completo..." No limitemos el objeto de nuestras peticiones; si es una virtud pidámosla su perfección; si es un don, pidámosla su excelencia; si es una victoria, pidámosla completa; si es la pureza de nuestros pecados, pidámosla entera y perfecta. ¿Corazones apretados y vacilantes, pensamos nosotros agradecer á Dios con peticiones escasas y tímidas? Pidamos, instemos, solicitemos en el nombre de Jesucristo y recibiremos. Tenemos la promesa, tenemos el precepto; ¿pues qué tememos? Pidamos la santidad, pidamos el cielo, pidamos á Dios mismo y su eterna posesión; esto es lo que hará perfecto nuestro gozo, esto lo hará consumado. ¡Ay de mí! ¿cuán cobardes é indiferentes somos para los bienes eternos! No puede darnos el Salvador con mayor razón la reprobación, porque hasta ahora no hemos pedido cosa alguna en su nombre? Por esto no tenemos que maravillarnos de que nuestro gozo no sea completo; aquel gozo interno de la conciencia, aquel gozo del Espíritu Santo que llena los corazones, no lo conocemos nosotros; él está reservado para las almas que permanecen y son constantes en la oración, y esto debe ser para nosotros un nuevo motivo de aplicarnos á ella. Por esto, pidámos el don mismo de la oración y se nos concederá. Qué desventura para nosotros, si en vez de pedirlo lo tenemos y desechamos!

Tercero. *Lucez que consigue la oración.* "Os he dicho á vosotros estas cosas en parábolas; viene el tiempo que no os hablaré ya mas en parábolas, sino que os anunciaré abiertamente de mi Padre...." El estilo de los proverbios y de

las parábolas es una manera de hablar encubierta y enérgica; así justamente habló el Salvador á sus discípulos en este discurso, porque aun cuando se haya servido formalmente de parábolas y haya usado también términos simplicísimos no ha dejado de esconder bajo el velo de estos términos, y de anunciar, aunque en una manera oscura, los misterios mas profundos de la naturaleza de Dios y de la redención de los hombres. Los apóstoles entonces no estaban en estado de recibir una revelación mas clara, y no era aquel el tiempo de hacerla; pero este tiempo ya se acercaba. Desde el día de su resurrección les dió el Salvador el Espíritu Santo y les abrió á ellos mismos el espíritu para que comprendiesen las Escrituras.¹ Por el curso de cuarenta dias se detuvo con ellos hablandoles claramente del reino de Dios,² y finalmente, en el día en que les envió su Espíritu Santo, los llenó de una abundancia tal de luces, que tuvieron la inteligencia de todos los misterios, que supieron en qué términos debían anunciar y en qué términos debían feles hacer profesión de creerlos. Pero cómo se dispusieron los apóstoles para recibir esta abundancia de luces? Con la oración, en la que perseveraron los diez dias que pasaron desde la Ascension hasta Pentecostés.³ ¡Oh y qué diferencia hay entre lo que comprende un hombre de oración leyendo el Evangelio y lo que de él comprende el que no ora, aunque sea un sabio y profundo teólogo! Sin la oración, aunque bien instruidos en los misterios de la religion, el Evangelio es para nosotros una lectura cerrada, un lenguaje enigmático, en que nada comprendemos ó casi nada. Nosotros admiramos las virtudes heroicas de los santos, el Evangelio es el lugar de donde las han sacado. Aquí vieron ellos la obligación, los motivos, los medios, las prácticas de ellas. ¿Y nosotros? nosotros no aprendemos en él cosa alguna. Ellos además de leer oraban y nosotros no oramos. ¿Cuándo vendrá aquel tiempo en que nos apliquemos seriamente á la oración? ¡Ah! ¿qué luces recibiríamos! ¡qué dulzuras, qué consolaciones gustaríamos! No la dilatemos, pero bien para nosotros si solamente lo dilatomos; y ¡ay de nosotros si á fuerza de dilaciones, no llegamos jamás para nosotros este tiempo!

Cuarto. *Predicción que hace Jesucristo de la oración.* "En aquel día.... (Esto es, como antes, después de mi resurrección y de la venida del Espíritu Santo....) pedireis en mi nombre...." He aquí una predicción que viendo su cumplimiento, debemos quedar sobrecogidos de admiración y llenos de la alegría. Si, desde el día de Pentecostés, es un dogma recibido y reconocido en todo el universo, que no hay otro

1 San Juan, esp. XX, v. 22.

2 Act. Apost., cap. I, v. 3.

3 Act. Apost., cap. I, v. 14.

PUNTO II.

DE LA FE.

nombre alguno debajo del cielo dado á los hombres, por el cual podamos ser salvos. En este nombre han hecho todos sus milagros los apóstoles y los santos. ¿Y qué, si la Iglesia emplea el nombre, los méritos, la intercesión de los santos, podrá acaso alguno sin nota de temeridad, oponerle que destruye con esto los méritos y la mediación de Jesucristo? ¿no saben y reconocen todos que los santos y la Reina misma de los santos nada pueden sino por Jesucristo? Y si nosotros los creemos grandes y poderosos por Jesucristo, ¿cómo se atreverá alguno á decir que suplicándoles que intercedan por nosotros, destruyamos los méritos y la intercesión de Jesucristo? Unámonos, pues, á la Iglesia en la oración, oremos con ella y pidamos con ella sin temor de errar. Pero mientras que ella alza su voz hacia el trono de Dios, guardémosnos que nuestro corazón esté distraído, nuestro espíritu errante, nuestro exterior dissipado y mas propio para escandalizar á los hombres que para honrar á Dios.

Quinto. *Fundamento que Jesucristo señala de la eficacia de la oración.* La eficacia de la oración está fundada sobre el amor que Dios nos tiene en Jesucristo, y sobre el amor que tenemos nosotros á Jesucristo, y sobre la fe que en él tenemos.... "Y no os digo que rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que he salido de Dios...." No, no es necesario, Señor, que nos digais que rogareis por nosotros; tenemos bien conocido vuestro amor y sabemos muy bien que no os olvidareis de nosotros en la habitación de vuestra gloria. Sobre la tierra habéis rogado y orado por nosotros, y ¡oh cuántas veces os habéis privado del necesario reposo por pasar las noches en oración! Ya vos ahora no rogareis mas por nosotros de esta manera penosa; vos estáis sentado á la diestra de vuestro Padre; pero hasta sobre el trono de vuestra gloria lleváis vos las ceniceras de aquellas adorables llagas que habéis recibido por nosotros, oración é intercesión tanto mas eficaz cuanto es consumada y completa en la gloria. Si para ser amado de vuestro Padre basta amaros á vos y creer en vos, me atrevo á decirlo, ¡oh Señor! yo os amo con todo mi corazón y creo en vos. Creo que sois el Hijo de Dios, salido de Dios y hecho hombre por salvarnos; creo todo lo que habéis revelado á vuestra santa Iglesia y todo lo que ella nos enseña de parte vuestra, y detesto todo lo que ella ha condenado y todo lo que condena como contrario á cuanto vos le habéis enseñado. Con estos sentimientos de fe y de amor en que quiero vivir y morir, puedo esperar ser amado de Dios vuestro Padre. ¡Oh suerte felicísima! ¡oh amor preferible á todos los amores, y preferible al mundo, á todos sus bienes y á la vida misma!

Primero. *Del artículo fundamental de la fe.* "Salí del Padre y vine al mundo; otra vez dejó el mundo y voy al Padre...." No es maravilla que el Salvador repita con tanta frecuencia este artículo, que en todos los lugares requiera que se crea que alabe á sus discípulos, porque lo crean y que ellos mismos hagan aquí profesión de creerlo. Este es el artículo fundamental de la religion, por el cual nosotros creemos que Jesucristo Hijo de María no es un puro hombre venido al mundo como los otros hombres, que antes de ser hombre estaba en Dios, era el Verbo de Dios y Dios como su Padre, que salió cuando quiso del seno de su Padre para hacerse hombre; que este Dios hombre, después de haber ejecutado sobre la tierra la voluntad de su Padre, volvió á él como había salido, esto es, de Señor absoluto y soberano del mundo, que vino á él y que lo dió, que bajó del cielo y á él vuelve á subir en el tiempo y del modo que jurga á propósito. ¿Creemos nosotros todo esto? ¡Ah! si lo creemos no tendremos dificultad alguna sobre cualquier otro artículo. Los misterios de la Trinidad; de la Encarnación, del perdón de los pecados, de la redención de los hombres, de la infalibilidad y perpetuidad de la Iglesia, ni cualquiera otro punto de nuestra creencia no encontrarán mas en nosotros dificultad alguna desde que creemos que es un Dios-hombre el que ha hablado. En nuestras agitaciones de espíritu, en nuestras tentaciones sobre la fe, llamémos á nuestra mente este artículo: Jesucristo me lo ha dicho y Jesucristo es Dios; me lo enseña la Iglesia de Jesucristo y Jesucristo es Dios.

Segundo. *Del progreso de la fe.* "Lo dijeron sus discípulos: he aquí, ahora hablas claramente y no usas de algun proverbio. Ahora conocemos que tú lo sabes todo, y no es necesario que alguno te pregunte; en esto creemos que tú has salido de Dios...." Conocen los apóstoles que Jesucristo ha prevenido la pregunta que ellos le querían hacer. Ya se creían haber llegado á aquel tiempo en que Jesucristo les había prometido hablarles abiertamente y sin parábolas. ¡Ah! estaban aun muy lejos de tener aquellas vivas luces que debían recibir un día ¡en la profesión misma de fe que aquí hacen, ¡oh cuánta debilidad hay aun! ¡Han conocido, pues, solo en este momento que Jesucristo penetra los mas secretos pensamientos del corazón; ¡ha dado solo acaso esta prueba de su divinidad? ¡Oh qué progresos han de hacer aun para ser perfectos en la fe! Este es un punto en que nosotros imitamos (¡y cuán bien!) á los apóstoles. Nosotros fácilmente nos persuadimos que sabemos bastante, que estamos bien instruidos ó iluminados é espirituales; pero

esta misma persuasión es una prueba de que hemos aprovechado poco en la fe. Cuanto más la estudiamos, la meditamos y la gustamos, tanto más nos convencemos que tenemos pocas luces y que necesitamos adquirir siempre otras nuevas. Este conocimiento es el que nos hace más aficionados á la oración, á la lección, á la meditación, y que nos hace hacer cada día nuevos progresos.

Tercero. *De la inconstancia de la fe.* "Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? He aquí que viene el tiempo, antes bien ya ha llegado, en que os separéis cada uno por su parte, y me dejéis solo; pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre...." Nosotros sabemos cómo se cumplió esta predicción. En el tiempo mismo en que los apóstoles hacen profesión de creer, y que el Salvador mismo, por la segunda vez, aprueba su fe y su fidelidad en creer, se acercan ya mucho al momento de su deserción, de modo, que se puede decir que ya ha llegado.... ¡Ay de mí! cuánta es nuestra debilidad y flaqueza, cuánta es nuestra inconstancia si Dios no tiene piedad de nosotros! Muchas veces el día mismo nos ha visto llenos de fe, de valor, de resolución y de fervor, y poco después recaer en las mismas culpas que hemos detestado. Sí, ahora oremos, somos de Dios; pero he aquí la hora de la tentación que se acerca, y si no nos disponemos á ella con la desconfianza de nosotros mismos y con la oración, nuestra fe, nuestras resoluciones, todo se desvanecerá, y muy tarde conoceremos cuán débiles y cuán inconstantes somos por nosotros mismos. No nos olvidemos de esta última palabra del Salvador.... "No estoy solo, porque está conmigo el Padre...." Sirvanos ella de consolación cuando nos desaparen los hombres.

Cuarto. *De la vuelta á la fe.* "Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí...." Discípulos cobardes y tímidos, después que habéis huido y desamparado á vuestro Maestro, abandonándolo á la discreción de sus enemigos, él volverá á vosotros; pero cómo podéis sufrir su presencia? ¿Lo conoceréis vosotros bien? El volverá para daros la paz; no temáis recibir de él la más mínima reprensión.... Pecadores, ¿no os mueve el corazón una tal bondad? De cualquiera naturaleza que sea vuestro pecado, vuestra cobardía, vuestra perfidia, vuestra flaqueza, vuestra debilidad, vuestra malicia, vuestro escándalo, vuestro error en la fe, sea herejía, ó blasfemia contra la Iglesia, sea impiedad, Jesús os llama á sí, no para castigaros ó reprenderos, sino para daros la paz de que vosotros huís y que en vano buscaréis fuera de él. ¡Oh bondad infinita! Bien puedo yo mismo ser testigo igualmente que todos aquellos que después de sus desórdenes han tenido la dicha de volver á vos; sin la paz no hay felicidad y sin Jesús no hay paz.

Quinto. *De la victoria de la fe.* En el mundo estaréis angustiados; pero tened confianza,

que yo he vencido al mundo." Jesucristo venció al mundo, principalmente sobre la cruz y por medio de su muerte; pero él está tan seguro de esta victoria, que ya habla de ella como de una cosa pasada. ¿Qué temor nos impide el volver á Jesús y entregarnos á él? ¿El temor del mundo? El mundo se puede temer poquísimo en medio del cristianismo; pero aunque estuviese el armado de otras tantas espadas y animado de un furor igual al del judaísmo y de la idolatría, ¿la cruz de Jesucristo, no ha triunfado de él en todo lugar y en todo tiempo? Armémonos, pues, de esta cruz, combatamos debajo de este estandarte, y nuestra fe vencerá también al mundo, superará todos los obstáculos, y nos hará triunfar siguiendo al divino Capitán que nos precede.

PETICION Y COLOGUO.

¡Oh Dios mío! si el mundo me ha vencido, ha sido de mi parte una vileza, que desde este punto voy á reparar viniendo yo también al mundo con vuestra gracia, y despreciando todo lo que él me puede oponer. Amen.

MEDITACION CCXCVII.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVII, v. 1, 5.

ORACION DE JESUCRISTO DESPUÉS DE LA CENA.

JESUS RUEGA POR SI MISMO.

Esta oración que Jesucristo hace en alta voz y que ha querido enviarla hasta nosotros por el mas amado de sus apóstoles, es toda para nuestra salvación, para nuestra instrucción y para nuestra consolación. Mientras que Jesucristo nuestro mediador alza los ojos al cielo, postrémonos y abismámonos nosotros en tierra. Escuchémoslo con el mas profundo respeto y unamos nuestra oración á la suya. En esta hallamos cinco cosas que meditar; primero, cuál es el fin de la encarnación; segundo, quiénes son aquellos que Dios ha dado á su Hijo; tercero, en qué consiste la vida eterna; cuarto, cuál es la gloria que Jesucristo ha procurado á su Padre; quinto, cuál es la gloria que Jesucristo pide para sí.

PUNTO I.

CUÁL ES EL FIN DE LA ENCARNACION.

Este fin es la gloria de Dios, la gloria de Jesucristo su Hijo nuestro Señor y la salvación eterna de los hombres. Después del discurso hecho á los apóstoles, que ya hemos meditado, pasó Jesucristo todo de un golpe de aquella exhortación llena de caridad á una oración fervorosa y viva. "Levantados los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado el tiempo, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique: así como has dado á él la potestad sobre todos los hombres, para que él dé la vida eterna á todos aquellos que le has entregado...." La hora ha llegado. ¿Qué hora es esta? Vos no lo decís, oh Señor! pero ahora lo sabemos nosotros. Es aquella hora que vos tan ardentemente habéis deseado, y que vuestros enemigos han querido tantas veces prevenir, aquella hora por la que habéis venido al mundo; en una palabra, es la hora de vuestras humillaciones y de vuestros oprobios, de vuestros suplicios y de vuestra muerte. Y cuando ha llegado la hora, vos habláis solo de vuestra gloria y de la potestad que tenéis sobre todos los hombres para salvar á aquellos que creerán en vos y que vuestro Padre os ha dado y os dará para ser vuestros fieles discípulos. ¡Ay de mí! Señor, yo os imito ciertamente muy mal. Luego que llega para mí la hora de padecer alguna cosa por vuestra gloria y por la de vuestro Padre y por mi salvación, en vez de atender á un fin tan glorioso, pienso solo en mis penas, mi imaginación las engrandece, y este es el sugeto de mis discursos, y muchas veces también de mis quejas y lamentos. Será, oh Señor! oída y bien despachada vuestra súplica; vos seréis glorificado y glorificaréis á vuestro Padre; vuestra carne divina no probará la corrupción del sepulcro; vuestra santa humanidad sacará del seno del oprobio una nueva gloria, é irá á sentarse á la diestra del Omnipotente. El nombre de vuestro Padre será conocido y reverenciado de todas las naciones, y se os darán y estarán incorporados con vos, y serán vuestros compañeros millones de santos rescatados con vuestra sangre, para que vos les deis la vida eterna. ¡Ah! ¡si pudiese yo ser también de este número! Os lo pido, Señor, por los sagrados misterios de vuestra encarnación, de vuestra muerte y de vuestra eterna gloria.

PUNTO II.

QUIÉNES SON AQUELLOS QUE DIOS HA DADO Á SU HIJO.

Examinemos bien estas expresiones del Salvador, que tan frecuentemente se nos renuevan. Dios nos ha dado su Hijo para salvarnos, y nos ha dado á su Hijo para que nos salve. Todo viene de Dios, la vocación, la elección, la obediencia á la vocación, y la perseverancia que completa y perfecciona la vocación y la elección. Todo es, pues, de Dios, y Dios solo con su Hijo nuestro Señor, debe ser glorificado en todo; pero no pensemos por esto, que nosotros nada debemos hacer de nuestra parte, y que bajo el imperio de la gracia, que nos queda libertad para el bien y para el mal. Toca á nosotros con la gracia de Dios, obedecer á la vocación, asegurar nuestra vocación con las buenas obras y merecer la salud con nuestra perseverancia hasta el fin. Muchos son los llamados por la misericordia de Dios, y pocos los escogidos, por culpa de muchos. Aquellos que han obedecido á la primera vocación, aquellos que han recibido el bautismo, han sido dados á Jesucristo por su Padre para su santificación; no les queda que hacer otra cosa sino cumplir con el socorro de la gracia, sus promesas y perseverar hasta el fin, y estos serán del número de aquellos que Dios ha dado á su Hijo para la vida eterna. ¡Ah! llenémos estas verdades de reconocimiento y de amor para con Dios, y de humildad, temor y desconfianza de nosotros mismos. Animémosnos, pues, velemos y oremos. Dios nos ha dado ya á su Hijo por el bautismo; correspondamos á esta singular gracia y sostengamos tan bellos principios, trabajemos con ardor y consideremos cuál será el fruto de nuestras penas y de nuestra perseverancia.

PUNTO III.

EN QUÉ CONSISTA LA VIDA ETERNA.

"Esta, pues, es la vida eterna, que te conozcan á ti, solo verdadero Dios, y á Jesucristo á quien enviaste." Este conocimiento se extenderá en el cielo hasta la vision intuitiva, principio y origen del amor y de la felicidad de los bienaventurados. ¡Oh vida eterna, cuando te poseeré! ¡Ah! Espero que llegará finalmente aquel día dichoso; pero entre tanto tú serás el único objeto de mis deseos. Este conocimiento es sobre la tierra la vida eterna comenzada, y el medio necesario para llegar á la vida consumada.

en el cielo. Este conocimiento aquí en la tierra, no es una pura especulación, debe ser un conocimiento práctico. No basta creer lo que la fe nos enseña, que hay un solo verdadero Dios, que los dioses de los gentiles son dioses falsos, que este verdadero Dios subsiste en tres personas, que la segunda se ha hecho hombre, que es nuestro Señor Jesucristo; que lo ha enviado el Padre para rescatarnos y para instruirnos; este conocimiento incluye también el de nuestras obligaciones respecto de Dios y de Jesucristo nuestro Salvador, y la obligación en que estamos de obedecer a su ley, de imitar sus ejemplos y de hacernos semejantes a él. Si nosotros no nos aplicamos a cumplir estas obligaciones, nuestro conocimiento es vano. Conocer a Dios, dice san Juan, es observar sus mandamientos. Apliquémonos, pues, a adquirir este conocimiento y a adelantarnos cada día más en él. El progreso se hace mediante la oración, la meditación y el ejercicio de la virtud. En esto consiste la vida eterna, y se experimenta por medio de la consolación interna que produce en nosotros este estado, mientras que los conocimientos humanos, si no se refieren a este fin, dejan nuestro corazón vacío, ó lo llenan de amargura; nos dejan en la muerte, y muchas veces nos la causan.

PUNTO IV.

CUÁL ES LA GLORIA QUE JESUCRISTO HA PROCURADO A SU PADRE.

“Yo te he glorificado en la tierra: he cumplido la obra que me distes que hacer...” De hecho, toda la vida de Jesucristo estuvo consagrada á la gloria de Dios su Padre, ha obrado siempre según la voluntad de Dios su Padre, ha enseñado la sola doctrina de su Padre, ha referido á su Padre toda la gloria de los milagros que ha obrado; finalmente, la obra de la redención de los hombres por su muerte la mira ya cumplida, y nosotros sabemos cómo la cumplió, con qué obediencia, con qué amor y en tantos suplicios y oprobios le costó. Con esta obra, con el sacrificio de su vida ha satisfecho plenamente á la justicia de Dios su Padre y ha reparado sobradamente la gloria que le habían quitado los pecados de los hombres. ¡Oh grandes y admirables misterios! Pero reflexionemos que en esto Jesucristo es nuestro modelo, que á su ejemplo debemos vivir y morir solo por la gloria de Dios, que á este fin y en unión de nuestra divina cabeza, debemos referir todos nuestros pensamientos, nuestros designios, todos nuestros deseos, todas nuestras palabras, todos nuestros pasos, todas nuestras acciones; que como él debemos cumplir por mas que nos haya de costar la obra de Dios, esto es

lo que nos ha encargado, en la condición, en el estado y en el puesto que nos ha colocado. Pero ¡ah! ¡qué confusión para nosotros! ¡qué vida tan ociosa hemos vivido! ¡cuántas usurpaciones de la gloria de Dios! ¡cuántos pecados, cuantos escándalos, cuántas omisiones, cuántas obras directamente contrarias á la gloria de Dios!... Pero en nuestro mal no desesperemos; tenemos á Jesucristo y en él un seguro remedio. Pidámosle que la plenitud de su gracia y la sobrecundancia de sus méritos, suplan lo que nos falta y reparen nuestras infidelidades. Comencemos con un nuevo fervor, rescatemos el tiempo que hemos perdido y pongámonos en estado de decir cuando llegue nuestra hora: Señor, os he glorificado sobre la tierra, he cumplido vuestra santa voluntad y la obra que me habeis encargado. Os he ofendido, es verdad; pero lo reconozco, ¡oh Señor! y os pido perdón. Poned, Dios mío, los ojos sobre vuestro Hijo, mi Salvador, que ha pagado por mí. Yo os ofrezco sus satisfacciones y espero en vuestras misericordias.

PUNTO V.

CUÁL ES LA GLORIA QUE JESUCRISTO PIDE PARA SÍ.

“Y ahora glorificame, ¡oh Padre! para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese...” El Salvador pide ir como hombre á poseer en el cielo á la diestra de su Padre, la gloria que ha merecido por su perfecta obediencia. Hace el Salvador esta petición en términos que no nos dejan dudar que esta gloria debida á sus méritos, es debida también a la dignidad de su persona; que esta gloria que pide es le conceda como hombre, la ha poseído desde toda la eternidad; que él la posee y que jamás ha cesado de poseerla como Dios. La manera con que está concebida esta petición, nos hace también conocer que si en Jesucristo hay dos naturalezas, no hay mas que una sola persona, un solo Hijo de Dios; que en él el Hombre es Dios y Dios es hombre. No solo el Salvador pide poseer esta gloria, sino también que esta gloria que él posea, sea conocida de los hombres sobre la tierra, y que él sea adorado de ellos como Dios, Hijo único de Dios y su Salvador.... Llámemonos ahora aquí á la mente lo que hemos dicho en la primera y en la segunda reflexión de esta meditación.... Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, por su naturaleza humana hombre como nosotros, ¿á qué destina él la gloria que pide para sí? La destina á nuestra salvación, á procurarnos la vida eterna, para referir después su gloria y nuestra salvación á la gloria de Dios su Padre.... ¿Podemos oír cosa mas grande y mas magnífica?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mío! comienzo á tener algun vislumbre de las maravillas contenidas en el sublime misterio de la Encarnación, y á comprender qué parte tienen en él los hombres, y las ventajas que les redundan de este comercio inefable que habeis formado entre vos y nosotros. Comprendo que la vida eterna consiste en conocer estos misterios, tan interesantes como sublimes. Concededme la gracia de que yo ocupe en adelante mi espíritu en estas sublimes é importantes verdades y que llene de ellas mi corazón. Amen.

MEDITACION CCXCVIII.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVII, v. 6, 11.

CONTINUACION DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUÉS DE LA CENA.

JESUS RUEGA POR SUS APÓSTOLES.

Primero. De los dos primeros títulos de recomendación que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los apóstoles. Segundo. En qué sentido está excluido el mundo de la oración de Jesucristo. Tercero. De los dos últimos títulos de recomendación que Jesucristo presenta á su Padre en favor de los apóstoles.

PUNTO I.

DE LOS DOS PRIMEROS TÍTULOS DE RECOMENDACION QUE JESUCRISTO PRESENTA A SU PADRE EN FAVOR DE LOS APÓSTOLES.

El Salvador antes de rogar á su Padre por los apóstoles, le expone los motivos que deben empujarlo á serles favorable y á hacer valer los títulos que deben hacerlos amables y recomendables. ¡Oh y cuánto debió fortificar y consolar á los apóstoles esta bondad infinita del Salvador, y cuán grande materia debe ser para nosotros de instrucción y de consuelo!

Primero. Primer título. *La vocación de los apóstoles y su fidelidad.* Padre, “he manifestado tu nombre á los hombres que tú me diste del mundo; eran tuyos y me los has dado á mí y han observado tu palabra...” Los apóstoles, antes de su vocación, eran de Dios por la creación; lo eran también por la vocación general á la fe de Abraham, á la circuncisión y á la ley de Moisés. Dios los ha dado á su Hijo, cuando el Salvador, según la voluntad de su Padre, los eligió por sus apóstoles; cuando obedecieron á su vocación y

fueron fieles á ella. Habían observado la palabra de Dios bajo la ley con la inocencia de sus costumbres, y la observaron también mas perfectamente y según el espíritu de su vocación, cuando fueron llamados á la dignidad de apóstoles. Apliquémonos todo esto á nosotros mismos. Nosotros pertenecemos á Dios como criaturas suyas desde el primer momento de nuestra existencia. Dios nos ha dado á su Hijo por la vocación al cristianismo. El bautismo nos ha separado del mundo, nos ha constituido miembros de Jesucristo y nos ha hecho hijos de Dios y de la Iglesia. Si después de nuestro bautismo nos ha separado Dios de nuevo del mundo mediante una particular vocación, nos ha dado también con esto á su Hijo en un modo especial y que nos da un nuevo título de recomendación y un nuevo motivo de confianza para unirnos á los apóstoles y participar de la oración que aquí hace Jesucristo por ellos. Lo que sin duda nos inquieta es nuestra poca fidelidad; estamos muy lejos de haber observado la palabra de Dios y de haber conservado la inocencia en la santidad de nuestro estado. Pero animémosnos. ¿No es Dios el Padre de las misericordias? Cuanto mas háyamos recibido de él, tanto mas seremos ciertamente castigados si morimos en la impenitencia. Cuanto mas hemos recibido de él, tanto mayor debe ser ciertamente nuestro sentimiento de haberle sido infieles. Abandonemos, pues, nuestro corazón al dolor, condenemos á las lágrimas nuestros ojos, ninguna cosa hay mas justa; pero por otra parte, cuanto mas hemos recibido de él, tanto mayor confianza debemos tener en sus misericordias, tanto mayor derecho tenemos también en cualquier modo de implorarlas en nombre y por la oración de nuestro Salvador, á quien Dios su Padre nos ha dado.

Segundo. Segundo título. *La instrucción que han recibido los apóstoles, y su docilidad.* “He manifestado tu nombre á aquellos hombres.... ahora han conocido que todo lo que me has dado viene de tí; porque les he dado las palabras que me diste, y ellos han recibido, y han conocido verdaderamente que he salido de tí, y han creído que tú me has enviado....” Llámemos aquí á nuestra mente con reconocimiento y confusión todas las instrucciones que hemos recibido en la Iglesia católica, y por parte de nuestros padres, de nuestros pastores y de nuestros directores; en los libros que hemos leído y en los discursos que hemos oído, y por medio de las luces internas del Espíritu Santo, que hemos recibido. Reflexionemos el poco provecho que hemos sacado de ellas; reflexionemos también que si hubiésemos sido mas dóciles y mas atentos, habríamos tenido conocimientos mas claros, mas manifestos, mas íntimos, mas eficaces. Con todo esto, nosotros sabemos los misterios de la fe, conocemos el nombre del Padre, sabemos que hay un Hijo semejante á él, el

cual se hizo hombre semejante á nosotros; sabemos que este Hijo es nuestro Señor Jesucristo, que las palabras que él nos ha dicho, que las leyes, que él nos ha dado, las promesas y las amenazas que nos ha hecho, son las palabras de Dios su Padre; creemos que él salió de Dios y que es su Padre el que lo ha enviado. ¡Ah! fortifiquémonos una vez en esta fe, renovemos sus actos, y si ella fuese viva en nosotros, en virtud de ella triunfaremos de todo. Pero si con esta fe nos dejamos aun vencer del demonio, del mundo y de la carne, nuestra fe será una fe muerta, y será para nosotros un título de condenación, y no de recomendación para con Dios.

PUNTO II.

EL MUNDO EXCLUIDO DE LA ORACION DE JESUCRISTO, Y EN QUÉ SENTIDO.

“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por aquellos que me has dado, porque son tuyos...”

Primero. *Aquí hay un sentido erróneo que es necesario evitar.* Concluir de este texto ó de otro semejante, que Jesucristo no rogó ni ofreció el precio de su muerte sino por los escogidos, es una herejía formalmente condenada por la Iglesia; por esto no nos turbemos por semejantes expresiones, por mas que no las entendamos. No demos crédito á las interpretaciones que podría darnos alguno, cuando estas interpretaciones pudiesen conturbarnos y quitarnos la confianza que debemos tener en Dios ó disminuirla. El Salvador, que aquí no ruego por el mundo, no nos ha dicho en otra parte, que él no había venido para jugar al mundo, sino para salvarlo; no es él, según san Juan, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el verdadero Salvador del mundo; El mismo san Juan no nos dice que Jesucristo es la propiciación, no solo por nuestros pecados, sino tambien por los pecados de todo el mundo; san Pablo no escribe que Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad; Tengamos, pues, bien lejos de nosotros estos hombres temerarios, estos escritores peligrosos, que engañados de humanos sistemas y deseados de fomentar con la novedad su vanidad, pretenden poner límites á las misericordias de Dios y penetrar la profundidad de sus caminos. En cuanto á nosotros, reposemos tranquilos en el seno de la Iglesia nuestra madre, que no puede engañarnos y que de parte de su Esposo

1 S. Juan, epíst. I, c. II, v. 2.

2 A. Tim., c. II, v. 2.

3 S. Juan, c. III, v. 17; c. XII, v. 47.

4 S. Juan, c. I, v. 22; c. IV, v. 42.

no nos da solo palabras de paz, de consolación y de confianza, si nosotros caminamos con fidelidad, ó si habiéndonos descaído, volvemos á entrar con amor y con generosidad en los caminos de la justicia.

Segundo. *Aquí hay un sentido católico á que es necesario atenerse.* Sin examinar todas las respuestas de los teólogos católicos, de los cuales algunos difícilmente admiran nuestro sentir, nos contentaremos con dos. La primera es que en una oración hecha en presencia de solos los apóstoles y por ellos, no es cosa extraña que el Salvador por ganar su atención y mostrarles tambien su benevolencia, declare que en aquel momento no ruega por el mundo, sino por ellos solos; de donde ciertamente no se sigue que en otros tiempos no haya rogado por el mundo. Dentro de poco lo oiremos nosotros rogar por todos los fieles, y poco después lo veremos sobre la cruz rogar por todos aquellos que han tenido parte en su muerte.¹ La segunda es que el Salvador no ha rogado por el mundo en cuanto es mundo, esto es, por autorizarlo, por tranquilizarlo en sus desórdenes y para exculsarle el justo castigo si en ellos persevera hasta el fin; pero ha rogado por el mundo para que cese de ser mundo, esto es, de ser corrompido y enemigo de Dios. Ha rogado por todos los hombres que están en el mundo, para que cesen de estar en él, por todos los pecadores que siguen el mundo para que cesen de seguirlos. Si no obstante sus llamamientos y las gracias que les habrá obtenido por medio de sus oraciones y con el sacrificio de su vida, persisten hasta la muerte viviendo según las leyes y las pasiones del mundo, no tienen que esperar otra cosa de él, que un castigo tanto mas severo, cuanto mas habrán abusado de las gracias, de las luces y de los beneficios. Estas palabras confirman el anatema ya fulminado² por el Salvador contra el mundo, y deben empeñarnos eficazmente á renunciar de este mundo perverso y proscrito, como lo hemos prometido en nuestro bautismo.

PUNTO III.

DE LOS ÚLTIMOS TÍTULOS DE RECOMENDACION QUE JESUCRISTO PRESENTA AL PADRE EN FAVOR DE LOS APÓSTOLES.

Primero. Primer título: *La gloria que los apóstoles le han procurado.* “Y todas mis cosas con tuyas, y las tuyas mías, y en ellas he sido glorificado...” El Salvador llama continuamente á la memoria de sus apóstoles la idea de su perfecta igualdad con su Padre. Fuera de

1 Juan, c. XVII, v. 20.—San Luc., c. XXIII, v. 34.

2 Mat., c. XVIII, v. 7.

MEDITACION CCXCIX.

DEL SERMON DE LA CENA.

San Juan, c. XVII, v. 11, 19.

CONTINUACION DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUÉS DE LA CENA.

JESÚS RUEGA POR SUS APÓSTOLES.

Jesús ruega á Dios su Padre: primero, que los conserve en la union; segundo, que los preserve del mal en medio del mundo; tercero, que los santifique en la verdad.

PUNTO I.

JESÚS RUEGA A SU PADRE QUE CONSERVE SUS APÓSTOLES EN LA UNION.

Primero. *Meditemos la excelencia y la extensión de esta petición.* “Padre Santo, guarda en tu nombre los que me has entregado, para que sean una sola cosa así como nosotros...” La union entre los apóstoles y entre todos los miembros de la Iglesia, es la primera petición que Jesucristo hace á su Padre. Esta union comprende la de los espiritus por medio de la fe, la union de los corazones por medio de la caridad, y la union en el culto externo por medio de las reglas de una misma disciplina. Esta union debe hacer de todos los fieles un solo corazón, una alma sola y un solo cuerpo de que Jesucristo es la cabeza. Todo debe reducirse á la unidad. Todos juntos debemos hacer una cosa misma. Esta unidad tiene por modelo y debe en cuanto es posible representar la unidad de Dios en tres personas, en una misma sustancia y en una misma naturaleza; tienen igualmente la misma sabiduría, la misma potencia, y por consiguiente las mismas afecciones, las mismas operaciones. El primer objeto de la petición de Jesucristo, es que la union de sus apóstoles y de los miembros de su Iglesia, represente en cuanto es posible esta unidad de Dios. ¡Oh y cuán grande es por solo este respecto la religion cristiana! ¡Cuán sublime! Esta unidad se rompe, se desecha, se abandona por la herejía, por el cisma y por el pecado. ¡Qué desventura, pues, para los que caen en ellos!

Segundo. *Meditemos el motivo de esta petición:* es tambien la ausencia de Jesucristo... Cuando yo estaba con ellos (en el mundo) los guardaba en tu nombre. He conservado aquellos que me entregaste, y ninguno de ellos ha perecido, excepto aquel hijo de perdition, para que se cumpliese la Escritura... Jesucristo recuerda con estas palabras á sus apóstoles los tiernos cui-

que esta idea era muy necesaria en las presentes coyunturas y para los futuros acontecimientos, era tambien de una grande consolación para los apóstoles mismos, y lo debe ser para nosotros. De hecho, ¿qué cosa podemos pensar mas dulce, que siendo él nuestro Salvador, somos de su Padre, y que siendo de su Padre somos suyos, que pertenecemos á la Santísima Trinidad nuestro Dios, y á cada una de las tres personas por títulos particulares, que al mismo tiempo les son comunes: ¿y cómo ha sido el Salvador glorificado en los apóstoles? Sin duda por su fe, por su obediencia, por su celo, por su inocencia, por su desinterés, por su exactitud en el cumplimiento de sus preceptos y por la edificación de toda su conducta. Con que es ciertamente verdad que Jesucristo es glorificado en nosotros cuando practicamos estas virtudes. ¡Ay de mí! ¿es posible que yo sea tan negligente en su servicio? ¿el pensamiento de la gloria de Jesucristo no debería llenarme de ardor por él, pues no solo quiere que yo le sirva, sino que él mismo, que es igual á su Padre, se gloria tambien de tenerme por siervo cuando fielmente lo sirvo?

Segundo. Segundo título. *Su ausencia de este mundo mientras que quedan en él sus apóstoles.* “Y yo ya no estoy en el mundo, y yo voy á ti...” Esto es, me veo tan próximo á dejar este mundo, que ya estoy reputado como si no estuviese en él; pero estos discípulos que vos me habeis dado, han de quedar en medio del mundo, y mientras que vos me llamais á vos, conviene que yo los deje entre sus enemigos. Ya no estaré mas con ellos sensiblemente para animarlos y para guiarlos. ¿Quién podrá expresar toda la ternura que se contiene en estas palabras?

PETICIÓN Y COLOQUIO.

¡Ah Señor! este es tambien el tiempo en que ya no estais en el mundo y en que yo particularmente, vuestro siervo y vuestro hijo, estoy en él, y estoy en un mundo acaso mas perverso, mas peligroso, mas corrompido de lo que jamás lo ha sido. Yo no os he visto jamás en este mundo, pero vos me veis á mí en él; yo creo en vos, soy uno de los herederos de la fe de vuestros apóstoles: haced, pues, que participe tambien de la oración que vos habeis hecho por ellos, y que al salir de este mundo vaya con ellos á daros las gracias y á bendeciros por toda la eternidad. Amen.

